



José Manuel Pons Peón

# Yo andaré la tierra

ISBN: 979-82-578107-8-7

© 2026, José Manuel Pons Peón

[www.ponspeon.com](http://www.ponspeon.com)

© 2026 de la cubierta, Silvana R.

Marchese Diseño gráfico: Silvana R.

Marchese

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública, y transformación de esta obra sin autorización de los titulares de la propiedad intelectual.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. Código Penal).

A los abuelos Josefina y Manuel:  
por la elegancia, la División, por el ejemplo y el cuidado.



Me atrevería a afirmar que casi todas las víctimas de la revolución lo han sido por motivos de venganza personal pura y simple, no porque la revolución triunfante se haya dedicado a la tarea de cortar las cabezas de sus odiados enemigos de la burguesía, según reza la tradicional amenaza.

Preveo que, en esto como en todo, la opinión española se dividirá en dos bandos igualmente irreconciliables.

Manuel Chaves Nogales

Diario Gráfico Ahora, 24 y 25 de noviembre de 1934

La caja.....	9
El novio de la muerte.....	23
La Cruzada.....	41
La cuida.....	55
Paquito .....	67
La casa molinera .....	81
En pie y resistiendo.....	105
Demasiadas posibilidades.....	119
Celia .....	135
El diario.....	153
El condenado .....	165
Josefa.....	177
Rusia .....	199
El expediente del capitán.....	217
Las cartas sobre la mesa .....	241
El olvido .....	271





# I

## La caja

Barruelo de Santullán.  
27 de septiembre de 1934.

*Se refugia de las vistas de los curiosos en la sombra, que a esa hora oscurece el zaguán de la casa del boticario. Con cuidado de no quemarse los dedos, apura la colilla mientras mira tranquilamente a ambos lados de la calle, esperando el momento adecuado para retomar su camino. Sabe que se hallan en un callejón sin salida, que la locura se ha apoderado de unos y de otros y que no tienen remedio ni salvación. La envidia y la codicia han acabado por aflorar y vienen a trastocar cualquier posibilidad de futuro, si alguna vez la han tenido.*

*Piensa en Jesús y en Jimena. ¿Qué va a ocurrir? La posibilidad de pasar a Francia permanece todavía abierta, pero debe decidirse en breve, porque presiente que los movimientos serán muy pronto suspendidos. Miguel Garicano no se engaña por lo que respecta a la bondad de las personas, en la que no cree. Ni tampoco en la aplicación de la ley, que requiere de la imparcialidad de los mismos individuos en los que uno no puede confiar. Todo ha saltado por los aires y ahora queda poco por hacer salvo guarecerse y tratar de salir con bien de todo aquello.*

*Antes de retomar su camino, se sube las solapas de la pelliza y ajusta la boina. La cantela le hace esperar unos instantes antes de decidirse a abandonar la seguridad del portal. Intenta distinguir el sonido limpio de sus pasos, que a esa hora resuenan solitarios en las paredes, para identificar la presencia de cualquier extraño. Llega tarde a la reunión, como ha previsto. Al entrar en la Casa del Pueblo la atmósfera le abofetea. Huele a tabaco rancio y a sudor. Una nube de humo flota a media altura. Busca un hueco al final de la sala, junto a la puerta, desde el que poder controlar discretamente lo que ocurre, y se dispone a esperar acontecimientos. Los gritos son ensordecedores. Gonzalo Martín, el jefe de telégrafos, le ofrece un cigarrillo.*

—¿Qué opinas, Miguel?

—Que hay que apechugar —contesta prudentemente.

—Eso mismo creo yo —dice dando una calada.

«El régimen capitalista nos oprime, compañeros, y, por lo tanto, estamos legitimados para asaltarlo y hacernos con el poder...»

Uno de los oradores trata de que le oigan pese al estruendo reinante.

—¿Jimena?

—En casa.

«...acabaremos con la lucha de clases exterminándolos...»

Tampoco se hace ilusiones con respecto al idealismo que parece respirarse en la reunión. Su lucidez le indica que en la España en la que le ha tocado nacer los sueños de colectivización que le han llevado a afiliarse al Partido lo colocan frente al paredón de ejecución de la Historia. La misma que ha aplastado los sueños de las generaciones precedentes a manos de aristócratas, reyes y obispos. Intuye que aquello acabará como siempre. Hace falta no ser español para tener garantías de no ir a la guerra.

«Vamos a crear urgentemente una caja especial para los presos y compañeros que han caído y que vayan cayendo...»

—Con un par—susurra Gonzalo.

No responde, no debe. Una palabra mal dicha en oídos de la persona equivocada puede significar la delación frente al Comité.

«...el proletariado luchará contra la burguesía porque la dignidad nos lo exige...»

—Miguel, queda poco —susurra Martín, que advierte que Garicano se tensa.

«...escuchad la voz del socialismo, proclamad con el puño en alto vuestro odio al fascismo, compañeros...»

La inquietud invade al minero mientras en la Casa del Pueblo resuena la Internacional. Miguel Garicano intuye que se necesitan hombres buenos para salvar la situación, pero sabe que allí no hay ninguno.

—Hasta luego, Gonzalo.

—¿Ya te vas?

—Tengo al chico enfermo.

—Para eso está la mujer —lo encara, olvidándose, por primera vez, de las proclamas. Al volverse hacia él debe ayudar con el brazo a girar la cadera hacia la izquierda, como si esa parte de su cuerpo hubiera sufrido algún estrago en el pasado. Miguel finge no observarlo.

—Jimena tiene fiebre —contesta con sencillez.

El jefe de telégrafos lo mira fijamente durante unos segundos.

—Claro, claro. Todo se contagia —responde finalmente—. Anda, ve, que esto está ya encarrilado. En los próximos días habrá que dar el callo y debes estar fresco. Espera órdenes.

—Sí.

*Al salir agradece la lluvia en el rostro. Echa mano a la pitillera que se ha hecho con el acero de la ballesta de una vieja carreta, y que siempre lleva en la pelliça, a la altura del riñón izquierdo, y enciende un cigarrillo. Tres caladas son suficientes. Hunde las manos en los bolsillos y echa a andar. Piensa en lo peligroso que es agitar irresponsablemente una bandera en aquella España desagradecida con sus hijos, en la que la visceralidad se antepone a la bonhomía y al raciocinio... y lamenta no haber nacido en otro lugar mejor, en el que su familia tendría más posibilidades de futuro, un plato asegurado en la mesa y viviría lejos del polvorín que unos y otros se empeñaban en tener permanentemente bajo el trasero.*

5 de octubre de 1934

*Hace ya cuatro horas que el jefe de telégrafos de Barruelo de Santullán ha recibido el telegrama cifrado que no ha logrado transcribir en un texto comprensible. Se espera el regreso de Adrián Fernández, que ha ido a Reinos a clarificar la situación, porque nadie se decide a dar la orden definitiva de atacar, aunque los detalles ya estén cocinados. Pero debe respetarse la jerarquía. Al fin y al cabo, incluso en la mina se cobra diferente dependiendo de si uno es minero o vagonero. A cada cual lo suyo.*

*Los grupos de combate de las milicias socialistas han dispuesto sus hombres estratégicamente para controlar la población en cuanto llegue el momento, y todos saben que acabará llegando. Teodoro Alonso Gutiérrez, Francisco Arana Gil, Julián Luis Gutiérrez, Zótico Blanco Herrero y el resto, se mantienen concentrados en su revolución particular. Flotan en el ambiente los argumentos esgrimidos días antes en la Casa del Pueblo. Uno de los oradores reavivó entonces los rescoldos del enfrentamiento vivido dos años atrás en Castrejón de la Peña, cuando un grupo de Burrelanos afiliados al Sindicato Minero Castellano irrumpió en un mitin del partido agrario de derechas proclamando vivas a la revolución social. En mitad de la confusión se produjo un tiroteo con la Guardia Civil del que resultaron heridos un sacerdote, un minero y algunos asistentes más. Entre los detenidos se encontraba Adrián Fernández, a quien ahora todos aguardan.*

*Entretanto, el teniente coronel Sainz se pasea lentamente frente a la mesa de roble del jefe de puesto de la Guardia Civil. El capitán Nanetti, jefe de la primera compañía, que también se ha incorporado al puesto al anochecer, se halla sentado al otro lado y guarda prudente silencio ante su jefe.*

*—¿No esperarás resistir en esta ratonera cuando vengan por nosotros?*

*—No vendrán, mi teniente coronel.*

*—Eso no te lo crees ni tú —le contesta rascándose la nuca—. Manda una patrulla a patear las calles. Necesitamos saber qué ocurre ahí afuera. Reparte munición al resto.*

*El gesto del militar es grave. Mientras el capitán Nanetti cumple las órdenes que acaba de recibir, el teniente coronel valora la situación en la que se encuentran. Aparte de ellos dos, el puesto dispone esa noche de un teniente y veinte guardias. Por lo que respecta a la casa cuartel, se trata de un edificio de dos plantas de muros de fábrica de ladrillo con molduras de revestimiento de mortero en las esquinas. Nada que ofrezca una protección sólida. Nada, desde luego, pensado para resistir un asedio.*

*—Se ha armado a la guarnición e iniciado la patrulla sin novedad, mi teniente coronel —anuncia el capitán desde la puerta, en posición de firmes, tras cumplir las órdenes.*

*—Gracias, mi capitán.*

*Sainz piensa en sus guardias y en lo que va a pedirles durante las próximas horas. No sabe quiénes son y se maldice por ello, pero así son las cosas. Llega tarde, como todo en la España que le toca vivir. No hace ni dos años que lo han ascendido. Entonces estaba destinado en la Comandancia de Segovia. Ahora es el jefe de la de Palencia y el de Barruelo es uno más de los puestos de los que es responsable. Se da cuenta de que el conocimiento que tiene de sus guardias es solo superficial y se culpa por ello, pero no se permite malgastar energía; en su lugar, llama al escribiente.*

*—A sus órdenes, mi teniente coronel.*

*—Aragón, que venga el jefe de puesto, por favor.*

*—A sus órdenes, mi teniente coronel —contesta Felipe Aragón, cuadrándose y desapareciendo en busca del teniente.*

*Ángel Sainz Ezquerro Rozas no es un aventurero, sino un militar juicioso cuya carrera se ha caracterizado por tomar decisiones ponderadas que han servido de paraguas para sus hombres. Al quedarse de*

nuevo solo empieza a considerar las diferentes posibilidades que tienen de salir vivos de allí. En su oficio ha visto lo suficiente como para saber que se está preparando un ataque y que la casa cuartel no lo resistirá. Su emplazamiento y planta la hacen vulnerable. Sabe, por los informes que le ha dirigido el jefe de puesto, que la Agrupación Socialista lleva varios meses formando a sus afiliados en técnicas militares. No le pasa inadvertido que han conseguido clandestinamente fusiles desde Éibar y que tienen acceso a los explosivos utilizados en el trabajo habitual de la minería. Sus guardias caerán como moscas si persiste en mantenerse en el edificio, pero sabe que si consulta a la superioridad eso será lo que le pedirán que haga, que se adhiera a la casa cuartel con uñas y dientes. Se asoma a la ventana. Afuera no se ve nada, pero intuye que los revolucionarios están apostados esperando la orden. Si él fuera uno de ellos, se pregunta, ¿cómo procedería? ¿Atacaría de inmediato, esperaría fuerzas, sitiaría el edificio? Un escalofrío le recorrió la espalda pensando en las familias de sus números. ¿Estarían todas sus familias adentro?

Sobre la población ha caído una densa niebla y solo se oyen los pasos de las dos parejas de guardiaciviles. Pisan de talón a punta, con cuidado de no apresurarse, batiendo con la mirada lo que tienen enfrente para detectar cualquier movimiento. Es imposible que puedan cubrirse porque no se distingue nada a tres metros de distancia, por eso aguzan el oído y caminan lentamente, tratando de controlar la respiración para que su sonido no moleste.

Antes de salir de la casa cuartel han tenido la precaución de cargar un proyectil en la recámara de sus pistolas Star, aunque todos mantienen el seguro puesto para evitar accidentes indeseados. Ahora, sin embargo, avanzan manteniendo el fusil máuser al costado, acerrojado y en posición horizontal, apuntando al frente.

A escasos metros de distancia, cuerpo a tierra en mitad de la calle, aguardan los hombres de «el jabalí», un guardia municipal de ideología marxista. Por fin, quien tiene que dar las órdenes en Reinoso se ha sacudido el polvo de encima y le han encargado asestar el primer golpe a aquellos burgueses de uniforme. «El jabalí» los conoce a todos. Floro López, el que encabeza la primera pareja, le birló a Paca en sus mismas narices cuando eran adolescentes. Tuvo incluso la osadía de ridiculizarlo públicamente porque le fue imposible ingresar en el Cuerpo por un defecto

*de cojera. Después de eso solo le quedó la municipal, desde la que lo veía hacer esperando que llegara su momento. Su compañero Crescencio va tan pegado a él que no lo puede creer, miserable miedoso apocado, que anda siempre chuleando de guerrera, haciéndose convidar después de misa, pero que a la hora de la verdad se esconde malamente porque no tiene lo que hay que tener. Más allá están los hermanos Roldán. No los ve, pero los huele. O, por decirlo correctamente, es el bedor terrateniente de su familia, el que percibe desde su posición. Recuerda con mucha claridad la desolación que experimentó cuando acudió a postrarse a los pies de Roldán padre, el guardés del mayor coto de caza de la región, en la búsqueda desesperada de dinero con el que pagar las medicinas que necesitaba su madre moribunda. Todos ellos, sin excepción, van a derramar su sangre allí mismo, frente a él. Años lleva esperándolo y los capullos de Reinosa lo han puesto al frente. De modo que empezará ajustándole las cuentas a Floro López y luego seguirá el resto de hijoputas de Barruelo, que pagarán, uno a uno, haberse mofado de su cojera.*

*Mientras tanto, en la central telefónica, Fe Gil Roldán oye que golpean insistentemente en la puerta. Suspira, se quita los auriculares y los deja sobre el escritorio. Ya están allí. Mira la consola que tiene delante y valora las diferentes posibilidades de que dispone. Las comunicaciones desde el exterior están, con toda probabilidad, cortadas o en vías de serlo en los próximos minutos. Solo la Guardia Civil puede resistir y protegerlos, ganar tiempo. Ellos jamás abandonan su puesto, piensa Fe. Pero, sin comunicaciones, ¿cómo avisarán de lo que está ocurriendo? Está convencida de que los revolucionarios asolarán la población, no por no creer en sus arengas, sino por odio y rencor personales. Los imagina bestiales y primarios, aguardando el instante de cobrarse el desquite por agravios, deseos incumplidos y frustraciones, suyas o de sus padres o abuelos. Reales o imaginarias, qué más da.*

*Fe sabe que el extremismo, la radicalidad, la revolución y el fanatismo son enfermedades contagiosas y que sus paisanos están, en este momento, enfermos de revolución.*

*Los rebeldes querrán tomar los principales edificios de la ciudad, reflexiona. Por sus características y localización, la casa cuartel no es un lugar fácilmente defendible. Quizá la Guardia Civil organice un traslado*

a otro edificio con mayores garantías. O no. Pero no se la imagina acuartelada. Habrá diseminado parejas por la población porque necesita saber qué ocurre, pero, sobre todo, es preciso mostrarse, ejercer una presencia pasiva. En caso de que los guardias sean agredidos, como es de prever, en caso de tener que combatir en las calles y no poder replegarse a la casa cuartel, ¿adónde se dirigirán? Resuelve, con toda naturalidad, que el ayuntamiento es el lugar ideal. Al instante, conecta en el panel las clavijas que ponen en comunicación ambos edificios. Si, como piensa, la Guardia Civil acaba en el ayuntamiento, bien por abandono de la casa cuartel, bien por tener que acogerse a él, el enlace elevará sus posibilidades de supervivencia.

Tras hacerlo, su mirada se dirige hacia la puerta del cuarto de escobas, un cubículo ganado a la esquina de la consola, en el que se guarda el material de limpieza de la central.

—¡Ya va, ya va! —grita para ganar tiempo.

Se levanta nerviosa y se dirige rápidamente a la puerta del cuartucho. Con cuidado de no ser oída desde el exterior, susurra:

—Oigas lo que oigas, ni se te ocurra moverte.

—No, madre.

—Por lo que más quieras, ni un ruido —ruega angustiada.

—Sí, madre.

La voz, apenas audible, es la de un adolescente. Fe apoya su frente un momento en la hoja de la puerta y, a continuación, se dirige resueltamente a la entrada.

—Aparta, Fe —exige Nerio Tévez.

Al abrir la puerta se cuelan detrás de Tévez diez sombras más, las de su grupo de combate.

—¿Estás sola?

—¿Tú qué crees? Estoy de guardia.

—¿Qué llamadas has recibido en las últimas cuatro horas?

—¿Cómo dices?

—Enséñame el libro de registro. Quiero saber quién ha llamado en las últimas cuatro horas.

La telefonista se lo da. Tévez es analfabeto, únicamente conoce los números, pero no desea perder prestigio frente a los hombres de su grupo, así que adopta una falsa pose de concentración con el libro entre las manos mientras escruta las columnas. Se da cuenta de que hay anotadas tres llamadas, pero ignora el origen porque le es imposible descifrar la letra.

—¿Quién ha llamado a los guardias? —bisbisea acercándose.

*Fe Gil esperaba algo así. Esa tarde, en efecto, ha registrado tres asientos. Dos llamadas entrantes y una saliente. Tévez se ha radicalizado en los últimos meses y sus reacciones son imprevisibles. Ella, por lo demás, se cuida mucho de manifestar públicamente sus opiniones políticas. Podría pasar por alguien anodino, y quizá lo fuera, pero es la jefa de la central telefónica de la población, partidaria de la República y evita participar en los mítines revolucionarios. Como los insurrectos pasan lista de asistencia a sus actos y ella no figura en ninguna, decide no mentir.*

*—El señor obispo.*

*—¡El obispo!*

*La sorpresa de Tévez es mayúscula. Ha acertado en su tiro de fortuna.*

*—El mismo, ¿tanto te extraña, Nerio? El jefe de la Comandancia de Palencia está hoy de visita en el pueblo. Es normal que le llame.*

*—Lo sabemos... ¿Para qué ha llamado el cura?*

*Aunque el semblante de la telefonista se halla distendido, han saltado todas sus alarmas. «Lo sabemos» puede ser uno de los órdagos habituales de Nerio, pero también que los revolucionarios vigilan todos los movimientos de entrada y salida y que tienen la población vigilada. El hecho de que estén en la central acaba convenciéndola de ello.*

Palencia.

6 de agosto de 2023.

El archivero se mantenía apoyado en el planero, inmóvil y con los brazos cruzados, mientras estudiaba con mucha atención el objeto depositado sobre su mesa de despacho. Se trataba de una caja de madera de nogal muy desgastada, desprovista de elementos metálicos y con uniones laterales en lazo oculto. Calculó que mediría unos veinticinco centímetros, por quince de ancho y unos seis o siete de alto. En el centro del cuerpo inferior, donde originalmente debió estar el escudete de bocallave, se abría ahora un triste agujero oscuro. La caja se mantenía cerrada gracias a una suerte de balduque de un rojo desvaído.

Por fin se decidió a recorrer los cuatro metros que le separaban de la mesa y de la caja. Al aproximarse distinguió

una anotación manuscrita en el ángulo inferior izquierdo de la tapa, donde se echaba en falta la chapa de latón designando el contenido, y supo en el acto de qué se trataba. Sonrió un momento antes de sentarse y activar la pantalla de su teléfono móvil.

—¿Para qué queremos nosotros una caja de modelos de linotipia?

—¿Modelos de linotipia? —contestó la administrativa mirando de reojo el despertador sobre la mesilla.

—Letra Kabel Mergenthaler.

—La caja de madera, claro. ¿Estás en el Archivo?

Carmen arrastraba las palabras. El archivero percibió fatiga en su voz.

—La leche que te han dado, Marcelino. ¿No puedes pasar tu insomnio en otro lado sin tocar los cojones a los demás? Y, por cierto, no me llames tan tarde nunca más. Casi despiertas al niño.

—Son las once. No me digas que ya lo tienes en el sobre.

—Son las doce de la noche... ¡del domingo! —le corrigió—. ¿No podrías haber esperado a mañana para preguntarme por la dichosa caja? No, claro, que no. Tú no. Además, ni siquiera la has abierto. Si lo hubieras hecho sabrías lo que hay dentro. ¡Y no son letras, hijo de puta! —dijo ásperamente antes de colgar el teléfono.

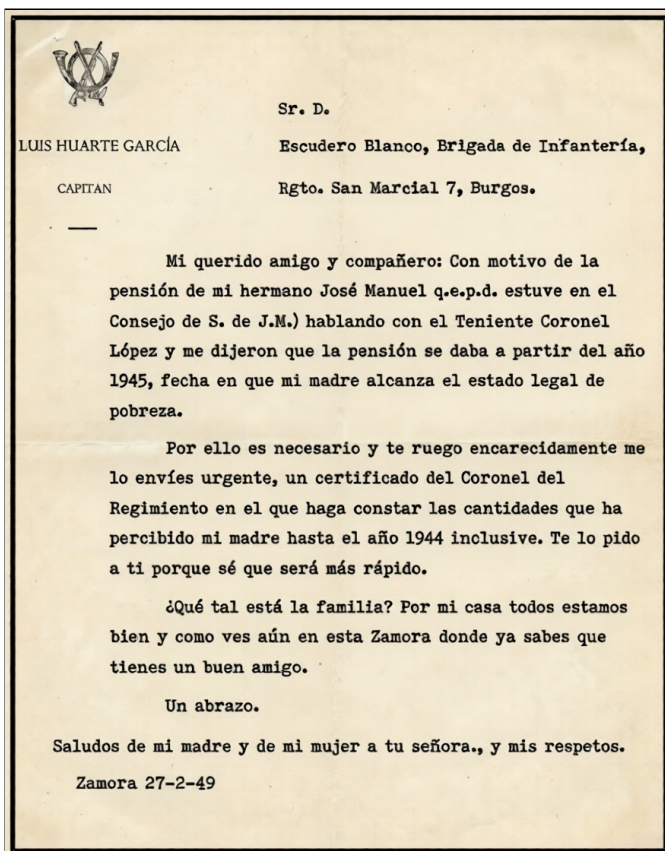
El archivero se quedó perplejo mirando la pantalla. Al instante lamentó haberla llamado. Evidentemente, y como era habitual, se le había adelantado. Hacía ya diez años que Marcelino Gil Gómez era su jefe en el Archivo Municipal de Palencia y sentía por ella una sincera admiración. Ellos dos eran los únicos servidores de la institución. Cuando él llegó únicamente estaba Carmen Perales para recibirlo. Cinco años antes había sido nombrada funcionaria en plaza de auxiliar administrativo y durante aquel tiempo había tenido que hacerse cargo de todo en lugar del facultativo, porque las vacantes de la Administración se publican con cuentagotas. Era ordenada, minuciosa y muy responsable. El producto de su trabajo era impecable.

Marcelino era consciente de lo que implicaba haberse encargado sola de levantar y mantener un archivo como aquel, así que todo contribuía a que la considerara no solo como a una subordinada, sino como a una compañera.

Se inclinó con cuidado sobre la caja y observó la cinta descolorida. Se trataba de un ribete de pasamanería muy desgastado, de un rojo mate tirando a marrón y de relieve totalmente aplanado por el uso y el tiempo. Con mucho cuidado deshizo el nudo y apartó la cinta. Entonces, con un estremecimiento producto la curiosidad, de la hora y de saberse la única alma entre los muros del majestuoso edificio de las Canónigas, abrió lentamente la tapa y la dejó sobre la mesa. En el interior, envueltas en papel de estraza, había dos condecoraciones militares que dejó alineadas sobre la tapa. Se trataba de dos cruces. La primera era española, según dedujo por los leones y castillos de la orla central. La cruz plateada pendía de una cinta roja con una lista central en blanco. La segunda era alemana y le recordaba vagamente otras que había visto en las películas de la Segunda Guerra Mundial. Esta tenía, además, dos espadas cruzadas y una pequeña cruz gamada en el centro de la cruz de Malta. La cinta estaba bellamente diseñada a partir de una banda central gruesa en azul marino, lista blanca más estrecha a ambos lados y roja en el extremo.

Se quedó unos instantes admirándolas boquiabierto antes de volver la vista al interior de la caja. Extrajo delicadamente de ella tres cédulas de concesión. Una correspondía a una medalla que no estaba en el interior. El jefe de la División Española de Voluntarios, en representación del Generalísimo —leyó Marcelino con una sonrisa escéptica asomándole al rostro—, le concedía la Cruz de Guerra a un tal cabo José Manuel Huarte García. Las otros dos correspondían a las condecoraciones que había dejado sobre la tapa. *«Im namen des Führers»*, blablablá, continuó. La cruz de Malta, con las espadas en diagonal y su cinta multicolor, estaba dibujada en el encabezamiento. Por último, el omnipresente Generalísimo —el mohín del archivero se tornó en un gesto grave— reconocía al mismo cabo con la Cruz de Plata al Mérito Militar con Distintivo Rojo.

Marcelino se reclinó en el respaldo de la silla sosteniendo entre los dedos el último documento que contenía la caja de modelos: un sobre adornado en los cantos por un filete negro. El corazón le latía de forma acelerada. Sentía dudas frente al hecho de violentar la correspondencia ajena, por histórica que esta pudiera ser. Una cosa era mirar en el interior de una caja antigua y otra, muy diferente, abrir una carta. Finalmente negó con la cabeza, abrió lentamente el sobre y leyó:



Tras hacerlo, dejó la carta sobre la mesa y se quedó mirando alternativamente las medallas, los diplomas y el sobre enlutado. No era el primero que veía de este tipo. Se trataba de la demostración externa de que el hogar había sufrido recientemente la pérdida de uno de sus miembros. Sabía que la vista

de muchas mujeres pobres había perdido su luz oscureciéndose como los márgenes que pintaban de riguroso negro cada noche después de acostar a los suyos. Porque con ese filo de luto pintado que producían para un país que se desangraba por el mal gobierno de sus dirigentes, ponían el plato de sopa en la mesa en la triste España de finales del siglo XIX.

La cruz gamada alemana y las fechas en la carta y en los diplomas aludían a la División Azul, La División Española de Voluntarios, como rezaba la cédula. Franco, Hitler y su puta madre, reaccionó con irritación el archivero, sintiéndose repentinamente irritado. Su expresión se crispó. Volvió a examinar las cruces. La tela de las cintas estaba raída, incluso deshilachada en los laterales, y el relieve del metal aparecía aplastado. Era evidente que esas recompensas no habían lucido en el pecho del cabo solo en el transcurso de paradas militares. Los diplomas se referían al hermano del firmante de la carta, y el contenido de esta mencionaba la pensión que el cabo devengaba y que cobraba la madre de ambos. ¿Por qué?, se preguntó. Por invalidez o por muerte, acabó deduciendo. No podía haber más posibilidades. Aunque si era por invalidez... ¿por qué la cobraba ella y no él mismo? Marcelino concluyó que el cabo debía haber muerto en el frente. No podía haber más explicación.

—¡Coño! —exclamó con los ojos bien abiertos—. Lo tienes delante: Q.e.p.d. «Que en paz descanse». Pues claro, no lo había visto. Se lo *cicutriñaron* los rusos.

¿Habría leído también Carmen los diplomas y la carta del capitán Huarte? El archivero miró el texto con renovada atención. En el extremo superior se distinguía el emblema de la infantería española, justo encima de la impresión del membrete del capitán. El hermano muere siendo cabo y, a continuación, su madre es oficialmente declarada pobre. ¿Dependería ella de la soldada del hijo?, siguió razonando. Si así era, lo que resultaba muy factible, era porque el otro hijo, el capitán, no podía atender sus necesidades más elementales. Estaba casado porque lo mencionaba en la carta. Es posible que tuviera hijos y que el dinero no le alcanzara para todo. ¿Tenía eso sen-

tido? En esa España un oficial del ejército solía tener hijos, especialmente si deseaba seguir los cánones marcados y eliminar cualquier desconfianza. Se sospechaba de los solteros. Podían ser comunistas. Y si no había hijos por medio, peor todavía. Eran un peligro para la moral, quizá demasiado.

Por otro lado, conde comen dos, comen tres, suele decirse. Pero es posible que estuvieran enemistados y que no se hablaran. Tras considerarlo, desechó la idea. De haber sido así, ¿por qué mover un dedo por ella recurriendo a favores personales? De repente, iluminando su mente como un rayo, apareció la figura paterna. ¿Dónde estaba el padre, el cabeza de familia? Si la mujer vivía con los haberes que el hijo percibía en Rusia era porque no entraba en aquella casa más dinero que ese. Entonces, ¿qué había sido del padre? Era imposible que se tratara de una madre soltera porque no había oficiales hijos del pecado en las filas del ejército de Franco. Así que forzosamente debía haber contraído matrimonio. Y, por la misma razón, la familia tenía que haber militado en el bando nacional durante la Guerra Civil. Porque en el ejército de la posguerra tampoco había lugar para oficiales de la República que desearan redimirse. Su ausencia podía explicarse, por lo tanto, por su muerte, quizá vistiendo uniforme, en algún momento entre el 36 y el 39, si no antes. Pero, de haberlo hecho antes de julio del 36, ¿cómo mantener sola un hogar durante las penalidades de la Guerra?

—Dos hijos militares... posiblemente marido militar—dedujo con toda naturalidad—. Nacional, como es lógico. Tres soldados, dos de ellos muertos, igual a: oficialmente pobre, pobre por Boletín. O por Diario Oficial, que hablamos de los cuarenta. «Legalmente pobre». Putas guerras fanáticas.

Se levantó alterado y anduvo hasta la pared situada a la izquierda de su mesa donde se hallaba colgada, entre otras reproducciones de obras maestras traídas de sus viajes, una aceptable litografía de *El Filósofo*, de Manet. Ocupaba el lugar central entre la reproducción de una fotografía de 1904 de Federico Chueca, de capa y bombín, liando un cigarrillo, y un cuadro de *La balsa de la Medusa*, de Gericault. El *Filósofo* y Chueca tenían el extraño mérito de devolverle la tranquilidad cuando

se descubriría agitado por sus miedos irracionales o trabajando de madrugada en el despacho. Cualquier ruido lo sobresaltaba en esos momentos, y el edificio de las Canónigas los emitía abundante y quejumbrosamente durante la noche. Como consecuencia de ello, Paqui, la señora de la limpieza, lo encontraba siempre con ojeras y hecho un manojo de nervios al abrir por la mañana.

Sonrió amargamente mientras su corazón recuperaba la cadencia habitual. Había comprendido el origen de su melancolía recorriendo con la mirada el borde ajado de la capa del mendigo retratado por Manet. ¿Quién puede sentirse razonablemente al margen de la enfermedad, del dolor, de la miseria o de la muerte, es decir, del azar? El capitán no había podido evitar que a su hermano le pegaran un balazo en el frente o que su madre viviera en la miseria. De hecho, ella se moría *legalmente* de hambre y él se había visto obligado a recurrir a la amistad con un subalterno destinado en otra unidad, incluso en otra plaza, para agilizar un trámite burocrático en su beneficio.

La sonrisa se le fue esfumando poco a poco del rostro al recordar el diagnóstico certero de Gil de Biedma sobre aquella bendita España, cuya historia termina habitualmente mal, en la que la pobreza y el mal gobierno son más que un estado místico del hombre: lo hacen español.

Más sosegado, volvió su vista hacia la caja de madera y se preguntó qué diablos hacía todo aquello sobre su mesa y quién había tenido la brillante idea de enviárselo a ellos, simples funcionarios de un archivo municipal olvidado por todo el mundo.